Crimen y castigo en China

Børge Bakken
Universidad de Hong Kong

Resumen

La República Popular de China cuenta hoy en día con uno de los regímenes sancionadores más estrictos del mundo, con un número de ejecuciones mayor que en el resto del mundo. Este hecho se atribuye a la particularmente severa cultura tradicional punitiva aunque de hecho la China Imperial no fuera más estricta que la Europa medieval. A pesar de que el índice de criminalidad en China ha experimentado un importante incremento desde el inicio de las reformas de mercado a finales de los años setenta, aún no se puede calificar a la China actual como un país de elevada delincuencia. Aun teniendo en cuenta que las cifras oficiales de criminalidad son demasiado bajas, el argumento chino de que "en tiempos de caos se requieren leyes duras" no parece reflejar los índices de criminalidad relativamente bajos del país. Incluso si los problemas de corrupción y crimen organizado van en aumento, el régimen de castigo duro puede, paradójicamente, agravar el problema del crimen más que disminuirlo.

El severo régimen sancionador chino

El número de ejecuciones que se producen actualmente en China supera con gran diferencia el total de ejecuciones en el resto del mundo. Según algunos informes, se registran entre 10.000 y 15.000 ejecuciones al año y Amnistía Internacional ha denunciado que en el año 2004, de las 3.800 ejecuciones realizadas en el mundo, 3.400 se llevaron a cabo en este país asiático. Los expertos chinos afirman que este régimen de castigos extremadamente estricto se debe a una larga y atávica tradición histórica de severas penas. Incluso el primer ministro Wen Jiabao recurre a este argumento cuando afirma que China no tiene previsto abolir la pena de muerte por ahora ni en un futuro próximo dado que forma parte de la cultura tradicional del país. El argumento, sin embargo, carece de fuerza. Culturas punitivas, las hay en todo el mundo y, aunque en China hubo un régimen sancionador draconiano representado por la Escuela de los Legalistas *(fajia)*, también disponían de un elaborado sistema de clemencia legal institucionalizada que estuvo vigente durante todo el período dinástico.

La cultura de las élites chinas se ha situado a caballo entre la doctrina de Confucio, que promueve la clemencia y la benevolencia *(ren)*, y la de los Legalistas, que predican la severidad. Hemos sido testigos de retrocesos hacia la tradición legalista, y del coqueteo de la denominada "Banda de los Cuatro", (nombre que recibieron un grupo de altos dirigentes del Partido Comunista Chino que encabezaron la defensa del maoísmo tras la muerte de Mao Zedong), con las antiguas ideas legalistas de justicia punitiva extrema durante los últimos días de la Revolución Cultural, intentando fusionar las ideas feudales de la monarquía absoluta de Qin Shi Huangdi con la revolución socialista de Mao Zedong. Cabe destacar que la severa campaña contra el crimen de Deng Xiaoping se inició en 1983 como una campaña política contra la contaminación espiritual *(jingshen wuran)*, que consideraba el crimen un factor de contaminación y un al demonio de la modernidad. Sin embargo, este fenómeno parece estar más relacionado con regímenes políticos puristas –o en otros países, religiosos– que con el legado tradicional y cultural. De hecho, las posturas maoístas con respecto al castigo, tal y como se podrá ver más adelante, volvieron a introducir los sentimientos populistas de venganza en la gente *(minfen)* para justificar la violencia revolucionaria y posrevolucionaria contra los considerados "enemigos de la gente" y "criminales contrarrevolucionarios". El principio fundamental de control social de Mao era "apaciguar la ira de las masas".

Se ha podido comprobar en el ámbito mundial que un Estado-nación relativamente fuerte, con un sistema de Estado relativamente sólido, era capaz de reprimir la violencia y el malestar en la Europa medieval. Los índices de violencia parecían ser bastante más elevados en estados débiles, en los que se permitía que dominaran los ciclos de venganza ante la ausencia de sólidas instituciones de control social. Es decir, el fortalecimiento del Estado-nación tuvo un efecto civilizador al *expropiar* la venganza o la ira de las masas e introducir gradualmente esta venganza en un código legal. Este punto de vista se ha visto apoyado por importantes evidencias empíricas, y se ha utilizado para explicar la evolución del delito, la violencia y el castigo en sociedades medievales. Durante el período dinástico, China pareció apoyar este argumento. La estabilidad y unos índices de criminalidad relativamente bajos parecieron ser la norma en épocas de administraciones imperiales fuertes y estables.

Los regímenes imperiales chinos aplicaron también métodos brutales de ejecución y castigo, entre los que destaca el *ling-*

chi, en la que el cuerpo del presunto autor del crimen era cortado a pedazos. El insulto y la humillación eran muy importantes y formaban parte del castigo. En el caso de *chuo*, (acuchillamiento o apuñalamiento), el cuerpo era apuñalado para insultar al fallecido. Y en medio de esta crueldad y rigidez existía, sin embargo, un grado sorprendente de perdón, compasión y tolerancia. Tal y como ha sido mencionado, la tradición imperial china se hallaba dividida entre estas tradiciones legales y morales. Y, aunque hubiera en ciertas épocas regímenes muy brutales, no puede decirse que fueran más duros que el régimen de ejecuciones y castigos que se practicaba en Europa. Puede que el legalismo chino y la Inquisición europea fueran sistemas totalmente distintos de pensamiento, pero en términos de dureza punitiva tuvieron mucho en común. Algunos analistas mantienen que el sistema chino fue, de hecho, menos duro que el de sus homólogos europeos, en cuyos países las torturas extremas y las ejecuciones bajo tormento se practicaban regularmente y se justificaban a menudo con la religión. El castigo corporal como método punitivo fue abolido antes en Europa que en China (donde no se formalizó hasta finales de la dinastía Qing), y, por esta razón, la China imperial fue considerada como el ogro de oriente según la concepción europea. Sin embargo, visto desde una perspectiva histórica a largo plazo, éste no parece haber sido el caso. El argumento esgrimido por un régimen histórico de castigos especialmente duro, no explica el marco sancionador actual.

"Algunos analistas mantienen que el sistema chino fue, de hecho, menos duro que el de sus homólogos europeos [medievales], en cuyos países las torturas extremas y las ejecuciones bajo tormento se practicaban regularmente y se justificaban a menudo con la religión"

La tradición panmoralista confuciana supuso seguramente un efecto civilizador en este aspecto desde el momento en que abogó por una forma de humanismo legal en contraste con la tradición del castigo severo. El perdón y la clemencia se convirtieron en una parte destacable del sistema de justicia dinástico. Las medidas de gracia más destacadas se denominaban *dashe*, grandes actos de clemencia. Hubo amnistías generales durante todo el Imperio. Al menos desde la dinastía Han (206-220 aC), esta práctica se utilizó extensivamente. Casi cada año el emperador anunciaba estos grandes actos de perdón y los criminales eran liberados de las cárceles. A pesar de las fuertes tradiciones chinas de clemencia legal, las profundas raíces culturales sobre el justo castigo no fueron significativamente distintas en Europa y China.

Consumismo, reformas económicas y castigo

En 1922 el joven Partido Comunista Chino (PCCh) sugirió formalmente la abolición de la pena de muerte. Durante el período de guerra y revolución esta postura fue abandonada y el brutal ataque contra el movimiento comunista por parte del Guomindang en 1927 puede explicar en parte esta reacción, aunque la realidad de la guerra, la revolución y el apasionamiento político tuvieron el resto de culpa. A pesar de todo, antes de la Revolución Cultural (1966-1976), el primer ministro Liu Shaoqi, en su informe político ante el Octavo Congreso del Partido en 1956, habló en nombre del Partido cuando apoyó nuevamente una futura abolición de la pena de muerte. Una política de "abolición gradual" subrayó la necesidad de aplicar el castigo en una mínima parte de los casos. La reforma del pensamiento y la rehabilitación, junto con la prevención eran vistas como métodos mucho más viables. Pero aunque la pena de muerte fue desaprobada en el discurso marxista chino, el régimen recurrió siempre a ella, argumentando en todas las ocasiones que era necesaria "en ese estadio de desarrollo".

Mao Zedong, sin embargo, era partidario de que la gente tuviera derecho a vengarse de sus explotadores. En las campañas contra "los terratenientes contrarrevolucionarios", se pronunció en repetidas ocasiones a favor de la ejecución de los peores responsables "para aplacar la ira de la gente". Incluso su Revolución Cultural posterior puede considerarse como la violencia no-expropiada de las masas. El argumento maoísta de apaciguar la ira de la gente –*minfen*– parece haberse desarrollado dentro del principio básico legal que todavía persiste en el ideario legal chino. La ira popular *(minfen)* substituyó nociones de clemencia *(renci)*. La clemencia, en cambio, encontró su camino dentro del vocabulario moderno en el eslogan: "Mostrar clemencia con el enemigo es mostrar crueldad con las masas".

Deng Xiaoping tuvo una oportunidad de oro para cambiar esta situación cuando accedió al poder a finales de 1978. Pero en vez de un régimen de castigos menos draconiano se apreció un incremento sustancial en el uso de la pena capital, legalmente sancionada desde la muerte de Mao en 1976. Existía el temor entre los líderes del PCCh de entonces de que las reformas económicas liberales, iniciadas en 1978, pudieran descarrilar por un recrudecimiento del crimen. El número de ejecuciones probablemente se triplicó durante los primeros ocho años posteriores al inicio de las reformas económicas y legales en 1978. Incluso desde el inicio de las reformas, la dureza de las sentencias y el *yanda* –o las campañas "de mano dura" contra el crimen– dominaron el credo penal en China. La dureza en sí se convirtió en la esencia argumental que regía la justicia penal. Deng Xiaoping consideró la ejecución como "un método indispensable" a través del cual educar a las masas. Deng acusó a los restaurados tribunales de ser "demasiado suaves con

los criminales", y propuso ampliar la pena de muerte a los casos graves de robo, corrupción, reincidencia y toda una serie de delitos en los que no se aplicaba en el pasado. Propuso además la pena de muerte para aquéllos que "vivían a costa de las supersticiones de la gente" y aquéllos que "organizaban sociedades secretas reaccionarias". En 2005 setenta tipos de delitos conllevaban la pena de muerte. Ahí donde Mao fue un populista tradicional, defendiendo el derecho de la gente a la venganza, Deng fue solamente "moderno" en el sentido de que quiso un aparato de Estado mucho más fuerte para poder expropiar la venganza de la gente. Sin embargo, la crudeza pervivió tanto en la ideología de disuasión de Mao como en la de Deng.

"Ahí donde Mao fue un populista tradicional, defendiendo el derecho de la gente a la venganza, Deng fue solamente "moderno" en el sentido de que quiso un aparato de Estado mucho más fuerte para poder expropiar la venganza de la gente."

Queda todavía algo de la antigua creencia de que el socialismo puede erradicar el crimen, y la severidad en las sentencias fue la receta. Un eslogan actual dice lo siguiente: "Sólo siendo severos podemos curar el crimen *para bien*". La celebración de juicios públicos es todavía común en China donde se considera una demostración educativa. Se le denomina "matar al pollo para asustar al mono", dando por hecho que tiene un efecto disuasorio efectivo. La criminología, sin embargo, ha establecido que el mono no permanece asustado durante mucho tiempo. El método puede ser efectivo a corto plazo, pero el efecto disuasorio no lo es a largo plazo.

Las posturas respecto a la pena de muerte en China

El sentimiento popular respecto al crimen y el miedo tradicional chino al desorden constituyen factores cruciales. La Encuesta Internacional sobre Criminalización y Victimización (ICVS), organizada por el Instituto Holandés de Estudio del Crimen y el reforzamiento de la Ley, de la Universidad de Leiden (Holanda) y el Instituto de Investigación Interregional sobre Crimen y Justicia de las Naciones Unidas (UNICRI), incluyó un análisis de las distintas visiones respecto al castigo en varias naciones que parece confirmar las firmes posturas punitivas de los chinos. Al responder a un cuestionario sobre un insignificante allanamiento de morada, China se reveló como uno de los 58 países más punitivos en la encuesta. El 84% de los chinos que respondieron pedían penas de prisión, seguidos de Uganda (80%) y Zimbabwe (79%). Los menos punitivos (sólo el 7%) fueron los encuestados españoles (en Catalunya). Únicamente un 2% de los chinos sugirió una multa como castigo, y algunos incluso sugirieron la pena de muerte para castigar este crimen relativamente menor.

"Al responder a un cuestionario sobre un insignificante allanamiento de morada, China se reveló como uno de los 58 países más punitivos en la encuesta (...) Los menos punitivos (sólo el 7%) fueron los encuestados españoles (en Catalunya)"

China sigue considerando las estadísticas sobre la pena de muerte como un "secreto de Estado". Por esta razón, a pesar de que los instrumentos internacionalmente aceptados exigen a todos los países que practican la pena de muerte que publiquen estadísticas sobre su aplicación, todavía no conocemos el número exacto. Está claro, sin embargo, que incluso en estimaciones a la baja, las cifras de ejecuciones llevadas a cabo en China hoy en día superan de lejos el número de ejecuciones legales registradas en el resto del mundo en conjunto. La mayoría de chinos siente un miedo ancestral hacia la anarquía y el caos *(luan).* Existe un firme apoyo a un gobierno que mantiene el orden público e impone enérgicamente el castigo severo contra aquéllos que quebrantan la ley. Una encuesta de opinión sobre la pena de muerte llevada a cabo entre más de 5.000 personas, dirigida en 1995 por el Instituto de Derecho de la Academia China de Ciencias Sociales en Beijing, descubrió que menos del 0,8% deseaba que se aboliera este tipo de castigo. El resto, el 99,2%, apoyaba la pena de muerte aplicada en mayor o menor grado. Sólo un 3% de quienes la apoyaban deseaba que se restringiera la aplicación de la pena capital, mientras que casi una cuarta parte de los encuestados quería que se aplicara más a menudo. La élite parece ser más favorable a los castigos duros y a la pena de muerte que la gente común, lo que pone en duda el supuesto de que las penas duras son necesarias para apaciguar la ira de las masas.

Esta encuesta fue llevada a cabo en 1995, pero más recientemente se han realizado otras consultas en China. Una de ellas, en 2002, mostró que el 11,6% estaba en contra de la pena de muerte. Otro 38% deseaba restringir su aplicación. Esto nos muestra otro escenario en el que más de la mitad de la población o está en contra o quiere limitar su alcance. Un 25,3% deseaba mantener el sistema actual, y un 25% deseaba que se introdujeran sentencias más severas. A pesar del continuo y elevado apoyo que recibe la pena de muerte, estas cifras indican una opinión popular más compasiva que en la encuesta de 1995. Aunque muy pocos expertos en leyes chinos respaldarían la abolición total, existe una voluntad entre muchos de ellos de restringir ciertas

prácticas y limitar el uso de la pena de muerte así como los castigos duros y crueles en general.

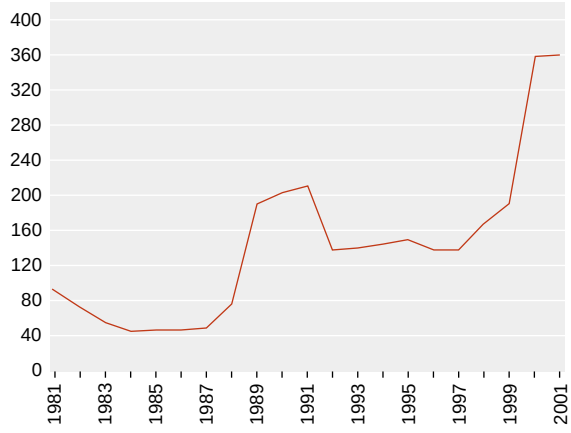
Escenarios chinos del crimen y el castigo

Es comprensible que se disparara la alarma del crimen en China, ya que mientras la "rígida" sociedad de la China maoísta ostentaba unos índices de criminalidad bajos, la modernidad creó una ola de nuevas oportunidades para el crimen. Los índices de criminalidad se incrementaron, pero China no debe sentirse excesivamente alarmada por sus tasas de criminalidad común, pues siguen siendo relativamente bajas en un sentido global a pesar de estar aumentando. Sí debería estar alerta, sin embargo, ante el fenómeno interrelacionado de la corrupción y el crimen organizado. El cambio rápido define el actual desarrollo del crimen y el control en China, y tras la estela de este desarrollo los informes alarmistas a propósito de la frecuencia del crimen en China son muy habituales.

"China no debe sentirse excesivamente alarmada por sus tasas de criminalidad común, pues siguen siendo relativamente bajas en un sentido global a pesar de estar aumentando. Sí debería estar alerta, sin embargo, ante el fenómeno interrelacionado de la corrupción y el crimen organizado."

El bajo índice de criminalidad de veinte delitos por cada 100.000 habitantes en los años cincuenta, se incrementó a más de 80 en 1981, desencadenado un debate sobre el crimen en alza. Desde entonces se ha producido un amplio incremento de delitos denunciados, y las últimas estadísticas del informe de 2005 del Ministerio de Seguridad Pública indican que los casos se han más que cuadriplicado en dos décadas; ahora afectan, aproximadamente, a 370 por cada 100.000 habitantes.

GRÁFICO 1. Índices generales de criminalidad publicados oficialmente en China (por cada 100.000 habitantes) 1981-2001.



Fuente: *Bakken, B. (ed.) (2005) "Crime, Punishment, and Policing in China"*

El Gráfico 1 parece revelar un estallido del crimen en China a finales del milenio. Si dividimos la tabla en categorías de delitos, los incrementos más espectaculares se producen en los casos registrados por robo, donde las cifras pasaron de 22.266 casos en 1981 a más de 340.000 en 2004. Representan un alarmante incremento en 20 años y el decisivo "despegue" parece haber tenido lugar hacia 1998. Estas cifras, sin embargo, no tienen demasiada importancia ya que el sistema de denuncia y registro de delitos ha ido cambiando con los años. Actualmente se registran muchos más crímenes simplemente porque existe un mejor control policial y mejores métodos de registro. Todo lo que podemos decir es que ha habido un incremento significativo de los delitos desde 1980, pero que este aumento no es en absoluto tan espectacular como el sufrido por muchas otras sociedades en transición durante el mismo período.

El crimen en China en comparación con otros países

Naciones Unidas publica regularmente datos sobre crimen internacional. Basándonos en sus estadísticas, podemos concluir que los índices de criminalidad registrados en China se sitúan, dentro de la escala, a un nivel entre "bastante bajo" y "extremadamente bajo" cuando se comparan con el resto de países. A pesar de todo siguen apareciendo muchos informes alarmistas sobre el crimen en China y la impresión es que los índices de criminalidad son extremadamente elevados en lugar de relativamente bajos. Esta tendencia es evidente en la prensa china así como en la prensa internacional. Incluso se ha comparado el país con Rusia u otras naciones en transición con elevados índices de criminalidad. La comparación parece engañosa. En términos de homicidios intencionados consumados, Rusia ostenta uno de los índices más altos del mundo, con más de veinte homicidios registrados por cada 100.000 habitantes. En Estados Unidos, la cifra se sitúa en seis, y en Europa, por regla general, está entre dos y cuatro por cada 100.000 habitantes. A pesar de que los índices oficiales de homicidios intencionados en China son bajos –dos asesinatos por cada 100.000 habitantes en 2004– los datos internos del Ministerio de Seguridad Pública evidencian que los índices de homicidios doblan esta cifra. En lugar de los aproximadamente 27.000 homicidios registrados en el *Law Yearbook* oficial de China en 2003, las cifras internas superaban los 54.000 homicidios.

Los datos generales oficiales sobre delincuencia en China reflejan que ésta se halla entre los niveles más bajos del

mundo. China ostenta todavía el índice de criminalidad global registrado más bajo de los 67 países que participaron en la encuesta de Naciones Unidas a finales de milenio. Pero estas cifras están basadas en datos policiales oficiales, y tales informaciones no son exactos en todos los países. Hay muchas maneras de medir los índices oficiales de criminalidad según se trate de un país u otro, y dichos datos oficiales son muy poco exactos, particularmente en China. Los índices de robos constituyen el grueso de los delitos registrados en cualquier país. En general sabemos poco sobre las definiciones internacionales del robo y las maneras de registrarlo y, por consiguiente, es imposible basar cualquier tipo de comparación internacional en datos tan poco consistentes. El índice total de robos registrados en China –86 por cada 100.000 habitantes– es increíblemente bajo. Así pues, la presencia de China al final de la estadística de Naciones Unidas significa bien poco en términos de importancia comparativa. Algunas fuentes de información sobre seguridad pública en China estiman que los delitos reales son cinco veces más numerosos que los que presentan las cifras oficiales. Aun así, China seguiría sin ser un país con un elevado índice de criminalidad, según los estándares internacionales.

"Cifras oscuras" del crimen en China

No pueden compararse las estadísticas oficiales de criminalidad de un país a otro. Sin embargo, existen otras maneras de evaluar el crimen en países distintos. La Encuesta Internacional sobre Criminalización y Victimización (ICVS) se basa en entrevistas a modelos representativos de gente en cada país. Se les pregunta sobre crímenes que hayan experimentado, independientemente de si han sido denunciados a la policía o no. Los índices de criminalidad que se extraen de las encuestas a la población son universalmente más elevados que los registrados por las cifras oficiales. En mayo de 1994, en Beijing, se llevó a cabo una ICVS. Y aunque Beijing esté muy lejos de representar al conjunto de China, la ICVS dibuja una imagen más precisa de las tendencias del crimen en China que aquélla que ofrecen los informes de la policía. Uno de los puntos débiles de la encuesta es su dependencia de los censos oficiales. Este método no contabiliza a la inmensa "población flotante" *(liudong renkou)*, compuesta por varios millones de personas, que vive actualmente en Beijing. La parcialidad es aún más grave pues existe evidencia de que esta parte de la población está muchísimo más expuesta a la victimización por crimen. A finales de los ochenta, este grupo suponía ya más del 20% de la población en Beijing, y durante la elaboración de la encuesta de 1994 este porcentaje era todavía más elevado.

Los resultados de la encuesta mostraron que el índice de victimización en China era del 12,6% en un año, esto es, que el 12,6% de los encuestados habían experimentado los tipos de crimen mencionados en la encuesta al menos una vez durante el año anterior. Esto es un índice mucho más elevado que el índice de criminalidad basado en las estadísticas oficiales. Las cifras confirman que el índice de criminalidad chino es todavía bajo según los estándares internacionales. China obtuvo el índice de victimización global más bajo de la encuesta. La victimización global fue más elevada en Australia donde el 30% de las personas fueron victimizadas en una o más ocasiones durante los últimos doce meses. España obtuvo un índice del 19%, entre medio y bajo. Beijing –exceptuando el robo de bicicletas– obtuvo el índice de victimización por crimen más bajo en todas las categorías. La encuesta mostró que China sigue teniendo un índice muy bajo en criminalidad en comparación con el resto de países, a pesar de que algunas cifras procedentes de encuestas más recientes sobre victimización en China no hayan sido publicadas, lamentablemente, por las autoridades chinas. Un tercer método para medir el crimen –autoencuestas en las que se pide a los encuestados que enumeren aquellas actividades ilegales en las que han tomado parte en el último año– ha mostrado también que China está clasificada por debajo del resto de países occidentales en cuanto al crimen.

El problema de los índices de criminalidad en China

Es muy complejo situar el escenario del crimen en China por la dificultad de medir los hechos. Las campañas chinas contra el crimen deberían mantenernos alerta ante los problemas relacionados con estadísticas de criminalidad poco precisas. Algunos índices de criminalidad han sido claramente falsificados. Los salarios de los policías, los presupuestos, la contratación y la promoción del personal dependen en gran medida de los comités locales del Partido, y algunos culpan de las estadísticas fraudulentas a la tendencia de los secretarios de Partido a publicar las cifras más favorables. Otros argumentan que el sistema de contrato de responsabilidad de la policía ocasiona estos problemas. Tres de los objetivos estadísticos clave durante una campaña contra el crimen han sido: reducir la cifra general de delitos, aumentar el número de arrestos e incrementar el porcentaje de casos oficialmente abiertos y resueltos, "el índice de casos rápidos" *(po'an lü)*. A los policías se les ha ordenado buscar al "más fácil de atrapar", y la policía local obtenía incentivos por inflar artificialmente los índices de detenciones arrestando nuevamente a antiguos delincuentes por presuntas "nuevas ofensas", o centrando más su atención en la detención de pequeños criminales que de criminales de mayor envergadura, contra quienes se supone que van dirigidas las campañas. El índice de criminalidad *(fanzui lü)* parece estar íntimamente ligado al índice de "casos rápi-

dos". De hecho, en muchos sentidos el primero se establece sobre la base de este último. Evidentemente, una manera efectiva de incrementar el índice de casos rápidos es no abrir o no registrar aquellos casos que no se resuelven fácilmente.

"Cuando el sistema es pagar a la policía según el índice de casos resueltos, constituye una reacción totalmente racional que se informe insuficientemente sobre el delito para así maximizar los sueldos y las primas."

Cuando el sistema es pagar a la policía según el índice de casos resueltos, constituye una reacción totalmente racional que se informe insuficientemente sobre el delito para así maximizar los sueldos y las primas. Un estudio de los registros de las comisarías en todo el país reveló la gran brecha existente entre el número de delitos conocidos o "reales" y el número de casos denunciados. Las razones que explican este índice tan bajo de denuncias están relacionadas principalmente con el criterio de resultados del sistema de responsabilidad en seguridad. La policía corría el riesgo de perder sus primas e incluso de ser multada por no alcanzar los objetivos asignados. Como consecuencia, los policías se las ingeniaban para manipular los informes sobre delitos y obtenían sus primas económicas porque el hecho de no informar o de informar insuficientemente suponía un elevado índice de "casos rápidos". Es justo decir que esta política de contratos comerciales con la policía ha entorpecido más que ayudado a la seguridad pública y a la capacidad de las autoridades para hacer previsiones. Las autoridades chinas están ya alertadas de este efecto, tales prácticas están siendo gradualmente corregidas, y hemos observado un incremento de los índices de criminalidad y una caída de los índices de casos rápidos como resultado de esta corrección. Los índices de criminalidad chinos son todavía relativos y marcadamente bajos vistos desde una perspectiva internacional incluso si evaluamos los actuales índices más elevados de criminalidad. De todas formas esto no significa que el crimen sea un problema insignificante en China. Estos incrementos relativos pueden ser todavía vistos como espectaculares por la población china. Sin embargo, lo más alarmante en el actual escenario del crimen es el clima propicio o la estructura de oportunidades para el crimen en el futuro. Existen algunos indicios de que las tendencias chinas apuntan hacia un escenario del crimen potencialmente peligroso en el futuro.

"La criminología ha demostrado que la probabilidad de ser detenido posee un efecto mucho más disuasorio que la severidad en el castigo. El problema en China es que no se atrapa a los criminales, a pesar de la propaganda de las campañas contra el crimen."

La criminología ha demostrado que la probabilidad de ser detenido posee un efecto mucho más disuasorio que la severidad en el castigo. El problema en China es que no se atrapa a los criminales, a pesar de la propaganda de las campañas contra el crimen. En 1997, un estudio sobre el problema llevado a cabo en todo el país reveló que el 8% de los casos conocidos fueron denunciados a la policía y, de éstos, la policía sólo registró el 30%. En otras palabras, la cifra oficial de casos utilizada en las estadísticas sobre criminalidad representaría únicamente el 24% de los casos conocidos. Sólo el 37% de este 24% corresponde a casos resueltos actualmente, lo que nos da la cifra de un 8,88% de casos resueltos. En China el número 8 está todavía considerado un número de la suerte, y en este caso el 8,88 parece definir el número de la suerte de los criminales. Y es precisamente "de la suerte" porque tienen más del 90% de probabilidades de escapar después de cometer el crimen.

El caso de la corrupción

La supuesta efectividad de las campañas contra el crimen y del castigo severo no han recibido demasiado apoyo de la literatura criminológica. El efecto de tales medidas conduce a un escenario más brutalizado que estabilizado. Y podemos descubrir mucho más en macroenfoques que incluyan reformas legales y sociales. De acuerdo con las pautas del crimen internacional de hoy en día, las sociedades en transición con instituciones gubernamentales desacreditadas y un sistema judicial débil son víctimas fáciles del crimen organizado y la corrupción debido a las actuales oportunidades de que disfruta el crimen, representadas en la falta del imperio de la ley.

Hay que ir más allá de las definiciones tradicionales del crimen para hacer un mapa de los problemas masivos de la corrupción, ese huésped de las reformas económicas que no ha sido invitado. La corrupción elude generalmente las estadísticas sobre crimen tradicional, pero el alcance del problema es muy vasto. La corrupción ha asolado China especialmente desde las reformas económicas iniciadas a finales de los años setenta, y los resultados de la ICVS de 1994 mostraron que la corrupción era ya algo serio, a pesar de que no se experimentaba de manera tan habitual en Beijing como en otras ciudades como Yakarta, Buenos Aires, El Cairo o Kampala, donde más del 30-40% de la población había sufrido personalmente actividades corruptivas en el último año. Cerca del 6% de los habitantes de Beijing informaron de que habían sido victimizados por la corrupción en el último año. La cifra era todavía cercana a los niveles de Bombay o Johannesburgo,

y hasta quince veces más de lo que es habitual en la mayoría de ciudades de Europa Occidental.

La cifra oficial de casos de corrupción se triplicó de 1993 a 1997 cuando se registró un pico de casi 150.000 casos denunciados. Una directiva del Comité Central del Partido de 1998, en la que se advertía a las fuerzas públicas de seguridad y las fuerzas armadas de que no establecieran sus propios negocios, obtuvo algunos resultados al hacer frente a la tendencia de incremento rápido de la corrupción atacando algunas de sus causas estructurales más perjudiciales. La cantidad de dinero implicada en los casos de corrupción, sin embargo, es todavía el doble de la de 1993. A pesar de los esfuerzos para evitar la corrupción, los principales obstáculos no han podido ser eliminados al intentar el gobierno tener el monopolio absoluto de las actividades anticorrupción. Por ejemplo, los medios de comunicación chinos no pueden investigar la corrupción de forma independiente, y en especial si la revelación implica a poderosos funcionarios. La corrupción es un concepto escurridizo y al intentar definirlo nos encontramos con problemas bastante importantes. El informe global de la Corrupción de Transparencia Internacional ha intentado normalizar y hacer operativo el concepto. En 2005, el índice sobre corrupción enumeraba 146 países, según el cual una puntuación de 10 significaba totalmente limpio, y una puntuación de 0 significaba totalmente corrupto. China compartía el puesto 71 junto con Arabia Saudí y Siria, con una puntuación de 3,8. Bangladesh y Haití cerraban la lista por el final con una puntuación de 1,9. China ha mejorado únicamente su puntuación general en corrupción de 3,5 a 3,8 en los últimos años. A pesar de una ligera mejora desde el cambio de milenio, la situación sigue siendo desalentadora.

El profesor Hu Angang, de la Universidad de Tsinghua, calculó que el coste de la corrupción en China era del 13,2-16,8% del PIB. Más adelante, estimó que el 15-20% de los fondos para obras públicas "se vertían" a manos privadas. Tales cifras sitúan a China en algún lugar en el centro en términos de coste de la corrupción a escala internacional. Estas cifras podrían ser solamente estimaciones poco precisas, pero no obstante ofrecen los mismos indicadores que aquéllas del Informe sobre Corrupción Global. En los dos últimos años hemos observado casos muy sonados de corrupción a menor escala en el sector público, e incluso casos de mayor importancia que apuntaban a personas de círculos políticos relativamente importantes. Uno de estos casos terminó con la ejecución de un antiguo vicepresidente del Congreso Nacional Popular, condenado por malversar más de 40 millones de yuanes.

"El profesor Hu Angang, de la Universidad de Tsinghua, calculó que el coste de la corrupción en China era del 13,2%-16,8% del PIB. Más adelante, estimó que el 15%-20% de los fondos para obras públicas 'se vertían' a manos privadas."

Corrupción, crimen organizado y desigualdad

Al expandir su economía, China se ha convertido en parte de un modelo global del crimen organizado. Éste está más extendido en sociedades de transición que en países más pobres en los que existen muy pocas oportunidades para que sea un negocio lucrativo. Las naciones en desarrollo con un índice moderado de riqueza y pobreza ofrecen suficientes oportunidades y son el marco ideal para la proliferación del crimen organizado. En Rusia los crímenes con violencia se han disparado al aumentar espectacularmente el crimen organizado. Esta tendencia es frecuente entre las naciones en transición, ya que el crimen se considera un atajo viable para conseguir riqueza y prosperidad en un sistema con una estructura judicial inestable y en el que la fuerza policial no funciona como es debido. Los grupos criminales organizados recurren a la corrupción para proteger sus actividades económicas ilegales.

No hay duda de que China ha experimentado un resurgimiento y un aumento del crimen organizado, que ha conservado, según se dice, las formas tradicionales de la "sociedad negra" *(hei shehui)*. Los típicos sindicatos de la sociedad negra son grupos medianos, de 50-200 miembros. Poseen una estructura jerárquica y siguen las estrictas "normas de la casa". Estadísticas recientes indican que existe un número considerable de grupos de crimen organizado en muchas provincias chinas. Como en todas partes, parece que el crimen organizado en China está estrechamente relacionado con la corrupción oficial y el crimen violento. Llegados a este punto, es importante hacer hincapié en la conexión del crimen organizado con la corrupción, aunque debemos considerar con cautela estos altos niveles de crimen organizado. En el marco internacional ha habido tendencia a sobrevalorar el carácter organizado del crimen, asumiendo que las bandas ligeramente relacionadas forman parte de una organización más compleja. En China no se ponen de acuerdo sobre el fenómeno y los criminalistas no coinciden en afirmar si el hampa ya se encuentra afincada en el país. Mientras uno de los veteranos de la criminología china, Kang Shuhua, afirma que el hampa criminal ya es una realidad en China, otros expertos opinan que todavía no se puede hablar de un "mundo del hampa" firmemente establecido. Sin embargo, todos coinciden en afirmar que hasta el momento no parece que en un futuro próximo aparezca en China un hampa criminal de magnitud comparable a la mafia en Italia o Estados Unidos o a la *yakuza* en Japón. La imagen actual es todavía la del crimen de bandas a pequeña escala. La última campaña contra el crimen de "mano dura" llevada a cabo en 2002 estuvo especialmente

dirigida contra los delitos graves con especial énfasis en las "bandas y organizaciones mafiosas".

El desarrollo social se considera la mejor manera de prevenir el crimen, y estudios internacionales indican que tal prevención funciona. Se ha demostrado además que en todas las regiones del mundo la presencia conjunta de delitos contra la propiedad y crímenes violentos es debida a problemas de marginación económica. Los chinos han enfatizado correctamente la prevención contra el crimen, pero es importante que investiguen reformas sociales dentro de un marco más amplio. La desigualdad entre grupos sociales y entre clases así como entre zonas urbanas y rurales ha aumentado explosivamente en China durante la última década. Dependiendo de la fuente de donde procedan los datos sobre ingresos, el coeficiente de GINI, que mide la distribución de ingresos y/o del consumo de la población, oscila en China entre 0,4 y 0,5 (siendo '0' la igualdad perfecta y '1' la máxima desigualdad) sitúa el país entre la lista de estados con una mayor desigualdad en la distribución de la riqueza.

"Los chinos han enfatizado correctamente la prevención contra el crimen, pero es importante que investiguen reformas sociales dentro de un marco más amplio (...) La desigualdad [económica] (...) ha aumentado explosivamente en China durante la última década."

TABLA 1. El desarrollo de la desigualdad en China (basado en los coeficientes GINI)

Año	Z. urbanas	Z. rurales	Todo el país
1978	0,15	0,212	0,180
1988	0,23	0,34	0,382
1994	0,37	0,41	0,434
1996	0,4003	0,4323	0,458
2001	n.c.	n.c.	n.c.

Fuente: *Bakken, B. "Qiannian zhi jiao Zhongguo shehui de fanzui zhuangkuang" (The crime situation in China at the turn of the millennium)*

De acuerdo con algunos análisis, en China la desigualdad de renta es actualmente mayor que en Estados Unidos (0,4) y es igual o mayor que en Rusia (0,48). A pesar de las dificultades para medir los niveles de desigualdad, no hay duda de que la desigualdad en la renta ha crecido vertiginosamente en China desde el inicio del período de reformas en 1978. Habría que añadir que el elemento subjetivo de visibilidad y el consumo ostentoso de los ricos probablemente incrementa el problema pues la gente se ve enfrentada a la opulencia y la desigualdad de forma directa como nunca antes se había experimentado en la República China. La simple rapidez de este proceso añade un elemento psicológico al coeficiente GINI.

Un destacado cambio en el escenario del crimen chino en las últimas tres décadas, y que supondrá también un problema en el futuro, es la reaparición de los delitos por drogas. Las autoridades chinas utilizaron los incidentes que rodearon la denominada "Guerra del opio" en el siglo XIX como un relato de la humillación inflingida a los poderes imperialistas occidentales. El régimen se enorgulleció durante largo tiempo por haber exterminado las drogas del suelo chino. El problema chino de la droga, sin embargo, ha explotado en los últimos veinte años y las severas políticas gubernamentales para hacer frente a los delitos por drogas y el recurso frecuente a la pena de muerte para castigar el tráfico de drogas han sido un fracaso. China estaba prácticamente libre de drogas en 1980, pero a principios de 2004 contaba con más de un millón de drogadictos.

Un escenario final del crimen en China

Para resumir la situación del crimen y el castigo en China, el país no debe alarmarse excesivamente por sus índices de criminalidad tradicional relativamente bajos, pero sí debe mantenerse alerta ante el fenómeno interconectado de la corrupción y el crimen organizado. Cuando un sistema de justicia desbordado, poco desarrollado, a menudo injusto y con pocos recursos, se ve confrontado al crimen organizado, este último tiene la impunidad garantizada. La corrupción puede reducir además la capacidad de los instrumentos de seguridad del Estado para cumplir con su misión y entorpecer el funcionamiento eficiente y justo de una sociedad. La respuesta para China no se basa en un mayor número de policías o en penas más severas. Se trata de factores en mayor o menor medida poco conectados con el crimen.

Aquí la paradoja es el argumento de estabilidad y armonía utilizado por el Partido. En lugar de conseguir estabilidad, el hecho de insistir en los castigos severos puede incluso brutalizar el escenario del crimen. Además, refrenar las reformas legales y sociales probablemente llevará a un incremento de la corrupción y mayor malestar social, desestabilizando a la larga el país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAKKEN, Børge (ed.). *Crime, Punishment and Policing in China*. Rowman & Littlefield, Lanham, Boulder, NY, Toronto, Oxford, 2005.
Este libro constituye la monografía más actualizada y comprensible sobre los problemas relativos al crimen, el castigo y el orden policial en la China actual. Tiene, además, un capítulo histórico sobre las influencias del régimen de prisiones en la China republicana, y el libro examina con detalle el sistema de prisiones actual, el crimen y las estadísticas sobre crimen en China, las campañas contra el crimen, y el sistema de contratación de la policía establecido en China desde el inicio de la liberalización y las reformas económicas.

BAKKEN, Børge "Qiannian zhi jiao Zhongguo shehui de fanzui zhuangkuang" (The crime situation in China at the turn of the millennium), en *Hongfan pinglun (Journal of Legal and Economic Studies)*, P. 226. En chino. Artículo en el que se ofrecen interesantes datos útiles para confeccionar tablas.

BODDE, Derk y MORRIS, Clarence. *Law in Imperial China. Exemplified by 190 Ch'ing Dynasty Cases*. Cambridge: Harvard University Press, 1971.
Este trabajo es un clásico en el análisis de la ley, el crimen y el castigo en la China dinástica. El libro se centra específicamente en la Dinastía Qing (1644-1911), aunque ofrece importantes pistas sobre la tradición legal en China. Al estar basado en crímenes registrados en dicho período, el libro ofrece además una nueva percepción gráfica y detallada del crimen y sus castigos en la China tradicional.

DUTTON, Michael. *Policing and Punishment in China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
Este libro lleva a cabo un informe exhaustivo sobre el crimen, el orden policial y el castigo en China desde una perspectiva más teórica. El libro en particular estudia la transición en los regímenes de castigo desde el primer imperio hasta la China moderna, y se inspira en el trabajo de Michel Foucault sobre gubernamentalidad.

LIU, Jianhong; ZHANG, Lening y MESSNER, Steven F. (eds.). *Crime and Social Control in a Changing China*. Londres: Greenwood Press, Westport, Conn., 2001.
Estudia los distintos aspectos del crimen y el control social en China en el cambio de milenio. El libro ofrece un análisis detallado de los aspectos diferentes del escenario chino del crimen, y muchos de los artículos están escritos por criminalistas chinos en colaboración con expertos norteamericanos en el tema.